

Los ejércitos ante los nuevos escenarios: una perspectiva sociológica

Jesús Ignacio Martínez Paricio

Arbor CLXV, 651 (Marzo 2000), 321-347 pp.

El derrumbe del Muro de Berlín debe considerarse como el hito que marca un antes y un después en las relaciones internacionales. Es el elemento simbólico que establece la quiebra de la historia contemporánea. Se puede decir que el siglo XXI comenzó entonces.

Con la confianza y la seguridad que da el paso del tiempo, lo que supone acumulación de conocimientos y comprensión de los hechos sociales, hay que reconocer que aquél final se estaba anunciado desde hacía años y con demasiadas señales. En las ciencias sociales prever el futuro en un sentido virtual no resulta fácil, como mucho se anticipan futuros con distinta probabilidad en cada uno de ellos. Se prevén futuros no con el ánimo de acertar con un sentido de certeza, sino de manera que se pueda optar entre ellos. Son muchas y muy distintas las variables que intervienen en cualquier acontecimiento como para que sea posible controlar todas ellas, y, además, siempre hay un proceso de interacción entre todas ellas, lo que dificulta el ejercicio de anticipación. Por otro lado, además de considerar y controlar en el proceso de imaginación del futuro la incidencia de las variables endógenas siempre hay que considerar la presencia de las variables exógenas.

Si la previsión se establece en los términos que supone plantear la estimación en términos de acierto exacto, saber la fecha en la que se produciría la desaparición del muro, la posibilidad de error es considerable. Ahora bien, si esa previsión se plantea en términos de descripción de los escenarios probables, deseables o no, siempre que se produzcan determinados acontecimientos cruzados, las posibilidades de acertar en uno de ellos aumentan de manera importante.

En cualquier caso siempre resulta más fácil explicar lo pasado que anticipar el futuro. No es menos cierto también que explicar las causas que provocan los errores en las propias predicciones, además de ejercicio de humildad, supone aportar argumentos que terminarán por hacer progresar el conocimiento. Con el análisis del error se avanza más que reiterando en los aciertos.

En el caso que se comenta, las señales que anunciaban el final del modelo de socialismo real eran bastante nítidas. Al analizar las series largas de indicadores principales, y sus tendencias, y al ponerlas en relación unas con otras, sumando a esta relación otros acontecimientos concretos, se percibían perturbaciones que habría que haberlas interpretado como barrunte de que algo importante tendría que pasar. Al conocer papeles reservados que empiezan a salir a la luz, se puede ver que en algunos lugares ya se estaba trabajando con el escenario que terminaría siendo el que ha sido.

El ejercicio de anticipar lo que va a ocurrir, en un plazo corto de tiempo, a largo plazo el ejercicio prospectivo es un ejercicio propio de una vana y mera elucubración, está determinado por el dinamismo del sistema del que se pretende averiguar lo que le va a pasar. Cuando la calma caracteriza al sistema, los errores serán menores. Por el contrario, si el sistema se rige por los principios propios de la entropía, todo puede ocurrir. Para explicar este escenario de confusión e indeterminación hay que acudir a las explicaciones de la teoría del caos. En cualquier caso debe quedar claro que los sucesos catastróficos, por su misma condición de excepcional anormalidad, no se pueden anticipar¹.

Este preámbulo aparentemente lejano del contenido del título que abren estas páginas se justifica en varios términos y por distintas razones.

Por un lado, para destacar la importancia que tuvo la caída del Muro de Berlín en lo que aquí se trata. En segundo lugar, para prevenir que lo que se presenta como futuro probable y deseable respecto a la organización militar, al ejército, siempre que no se indique lo contrario, puede que no llegue a pasar en todos sus términos. En tercer lugar, para poner sobre aviso que la actualidad se caracteriza por cualquier cosa menos por la tranquilidad. Por último, ante las quiebras y las rupturas que en los planos internacional, social y económico debe desarrollarse un esfuerzo considerable por recuperar el orden de las cosas, lo que no supone volver a donde se estaba, ni tampoco a restaurar el orden desaparecido. La historia como mucho se repite, y esto es muy discutible, pero lo que sí ocurre es que nunca regresa a donde estaba.

Como le gusta repetir a Anthony Giddens, ahora toca vivir en un «mundo que nos ha cogido por sorpresa». La consecuencia no puede ser otra que aceptar que se vive en un *mundo desbocado*². Los tiempos de tan grandes mudanzas en asuntos importantes no resultan cómodos para vivirlos de manera permanente. Tampoco soluciona nada añorar tiempos pasados, ni buscar soluciones rápidas a problemas complejos. Los cambios que se ensayen deben estar bien medidos pues de otra manera las decisiones que se tomen agravarán todavía más las soluciones que se buscan. Se exige pues coraje para no dar pasos en el sentido de agradar a unos, aunque aparentemente sean mayoría.

Esta es la idea que debe quedar en todo lo que sigue. No es cuestión de repetir aquí los argumentos de este sutil analista de la modernidad. No obstante es obligación de políticos, gobernantes, gestores, intelectuales, profesores, creadores de opinión y muchos otros más, de hacer lo posible por ordenar este mundo aparentemente caótico y desbocado. No se trata de reclamar la presencia de élites directoras que dicten *la solución*. Tampoco que ante la complejidad de la tarea, cada cual se desentienda de la obligación que le corresponde de echar también su cuarto a espadas. Deben aportarse diagnósticos, plantear sugerencias, proponer opciones de todo tipo, incluso las aparentemente descabelladas, para que después se opte por alguna de ellas. El consenso sigue siendo necesario, más todavía en cuestiones principales, y la seguridad y defensa es una de ellas.

En este mundo desbocado no deberá tener cabida el cómodo eclecticismo. No son de recibo los argumentos que demuestran que cualquier acontecimiento puede legitimarse, como tampoco lo es la idea contraria por la que todo debe ser rechazado por sistema. Habrá que consensuar unas normas y unos comportamientos mínimos que deberán ser aceptados por todos, por la mayoría, en un mismo sentido y con un mismo argumento valorativo³.

Hay que insistir en algo que se acaba de señalar. En este sistema de valores que dará sentido a las conductas y comportamientos de los ciudadanos, incluso las que puedan ser calificadas de excéntricas o disonantes, los valores que se refieren a la seguridad y a la defensa tendrán que ocupar un lugar importante entre ellos. No serán de los principales, en estos momentos de distensión y tranquilidad que se vive, pero tampoco deben ser extraños a los intereses de la mayoría de los ciudadanos responsables⁴.

El nuevo orden en las relaciones internacionales, así como los procesos de integración que se están viviendo, introducen una característica nueva en la quiebra del orden antiguo. La noción y el sentimiento

de seguridad nacional debe plantearse en términos nuevos y compartidos. No es fácil asumir un cambio tan importante como el que se está viviendo⁵. Si siempre la seguridad se planteó en términos de consenso nacional, la politización partidista de la defensa y la seguridad supondrá un daño considerable y llegará a tener efectos perversos para quien lo plantea de manera particular e interesada, esta exigencia es todavía mayor en estas nuevas circunstancias⁶.

Algo habrá que decir, en segundo lugar, respecto a la probabilidad y deseabilidad de que ocurran, o no ocurran, ciertas cosas. Las dos son opiniones que tienen que ver con el mismo acontecimiento. Marcan así las actitudes fatalistas, esperanzadas, escépticas o frustradas del que opina sobre algo. El tono que pretendo dar a lo que sigue se caracteriza sobre todo por la esperanza. Antes o después, las cosas se alcanzarán. No será fácil conseguir todos los objetivos que se señalan, sobre todo a corto plazo. También hay que reconocer que será costoso alcanzarlos. No faltarán, como no han faltado, esfuerzos de muchos por ir en este sentido. Otros empujarán en sentido contrario, mientras que también habrá que no hará ni lo uno, ni lo otro.

Son distintos los argumentos que avalan esta disposición optimista ante lo por venir. Por un lado, la tendencia ineludible que avisa del proceso de convergencia de los sistemas sociales complejos, siempre que no se produzca la quiebra imprevista en la tendencia⁷. La convergencia entre los sistemas no tiene que ver que se imiten unos a otros, así ocurre en no pocos casos, sino que la gestión y la administración eficaz de los mismos o parecidos recursos exige utilizar los mismos procedimientos. Siempre que exista una disposición favorable de búsqueda de la excelencia, lo que comienza siendo diferente, termina pareciéndose a lo de los que ya la han alcanzado.

Este proceso se acelera todavía más cuando se produce la integración en un sistema de alianzas. En este caso el funcionamiento armonioso del conjunto se debe regir por principios iguales para todos, por lo menos en los aspectos fundamentales⁸.

Por último, la desaparición de los bloques ha sido el punto de inflexión en el ciclo de la historia moderna. Como se comprobó poco tiempo después, los avisos apresurados que anunciaron el fin de la historia fueron nada más que entusiasmos igualmente apresurados, deducidos a partir de señales derivadas de una concepción lineal y por tanto errónea de los hechos sociales y de la historia⁹.

Con la ruptura del orden tradicional en las relaciones internacionales, las organizaciones militares surgidas a partir de las necesidades para hacer frente a la Guerra Fría se han visto vaciadas

de buena parte de sus contenidos. Esta circunstancia está exigiendo replantear los nuevos conceptos estratégicos, elaborar una nueva doctrina y encontrar nuevas estructuras que respondan a las nuevas necesidades.

El nuevo orden internacional ha facilitado, en el caso de Europa occidental, que se consolide un proceso de integración económica y social desconocido hasta ahora, al margen de los éxitos alcanzados en periodos históricos ya lejanos. En el momento actual se han sentado las bases del progreso económico y el bienestar futuro tanto de los miembros actuales de la Unión Europea, como el de los que se incorporarán a la Unión en un futuro inmediato. Las *guerras civiles* europeas, dentro del espacio comunitario, ya son recuerdos trágicos que forman parte de la historia.

Mientras tanto, el vacío creado a partir de la desaparición del Pacto de Varsovia ha sacado a la luz los potenciales de conflicto que se generaron durante los años de Guerra Fría en su zona de influencia. Desaparecido el elemento vertebrador de un orden totalitario, los conflictos han estallado de manera abierta y violenta. Los tiempos que toca vivir son un buen testigo. En otros casos, el riesgo permanece latente y cabe esperar que terminen por estallar antes o después. La historia no ha llegado a su final.

No se discuten los éxitos alcanzados por la convergencia económica y social en una parte importante de Europa. Pero precisamente estos éxitos han sacado a la luz una carencia que debe calificarse como poco de preocupante. La Unión Europea, una de las tres potencias económicas, sociales y culturales que existen en estos momentos, carece todavía de una identidad de seguridad y defensa común. Los últimos acontecimientos lo han dejado bien sentado, de manera especial durante los sucesos que han tenido lugar en Kosovo. No es el único ejemplo que se podría citar. La Unión Europea se está construyendo sobre pilares fundamentales en lo económico y en lo social, pero la solidez de sus cimientos, y en concreto en alguno de ellos, deja bastante que desear por ahora ¹⁰.

Además de otros muchos trabajos por desarrollar, la Unión Europea deberá decidir de una vez por todas si desea ser un verdadero actor en las relaciones internacionales, de acuerdo con sus capacidades económicas, sociales y culturales, o seguirá manteniendo el papel de mero figurante en la toma de decisiones.

El final de la Guerra Fría sigue condicionando la historia y el funcionamiento de las organizaciones militares que se crearon en los años de la confrontación de los bloques. En el caso de la OTAN ya

se ha comenzado este proceso de readaptación ¹¹. La UEO tiene que iniciar la reflexión sobre el papel que desea y el que deberá desempeñar en el futuro de la seguridad europea.

El debate interno en las organizaciones militares, así como el que se está produciendo entre los responsables de la políticas de seguridad y defensa, exige otro debate no menos importante en la sociedad y en los centros de pensamiento. Se trata de señalar el papel que corresponde a la seguridad, la defensa y los ejércitos en las sociedades modernas y políticamente avanzadas. Los acontecimientos de Kosovo inició este debate de manera acalorada. Era un comienzo. Al terminar las intervenciones militares el silencio se volvió a apoderar de este asunto ¹².

No se discute la importancia y repercusión que ha tenido la desaparición de los bloques militares sobre los ejércitos de los países desarrollados. No obstante hay que señalar que la política de distensión y limitación de armas convencionales sirvió de anuncio a lo que estaba por venir. Algunos de los cambios actuales se comenzaron a preparar entonces ¹³.

Considero, no obstante, que el punto de inflexión en la historia de los ejércitos modernos debe situarse en los acontecimientos posteriores, concretamente en los que tuvieron lugar en el Golfo Pérsico, y en los que vinieron después ¹⁴.

Destaco la importancia de estos hechos por varios motivos. Cada uno de ellos se pueden interpretar, por separado, como indicadores anecdóticos y aparentemente menores. Sin embargo, de manera individual y en su conjunto terminan siendo elementos categóricos de un proceso de cambio más profundo.

Uno de esos indicadores. A los mandos que dirigieron las operaciones en el Golfo se les limitaron los recursos humanos con los que podrían disponer para cumplir lo que se les pedía. Por lo pronto, los soldados de reemplazo encuadrados en las unidades militares que se desplazarían no podrían participar en las operaciones. El argumento nada tenía que ver con su mayor o menor eficacia profesional, la exigencia se hacía únicamente por razones de imagen política. De esta manera se plantearon problemas de formación de las unidades desplazadas a la zona, así como de desmantelamiento parcial de las unidades que prestaban los recursos y que permanecían en el país ¹⁵. Quedaron plasmadas así las carencias que se venían denunciando por parte de los mandos militares. Ejércitos poderosos, modernos, tecnológicamente avanzados tuvieron problemas para desplazar a la zona un número reducido de soldados.

Otra señal de los cambios que se estaban produciendo. A esos mandos se les exigió además que las operaciones deberían plantearse bajo el principio de que no se tendrían que producir bajas, ni víctimas de ningún tipo en las tropas desplazadas. Los gobernantes y políticos se mostraron muy sensibilizados ante esta exigencia de la opinión pública, sus potenciales electores, de sus respectivos países¹⁶. En el caso de países que contaban con unidades militares formadas por tropas voluntarias, mal llamadas profesionales, España entre ellos, la opinión pública aceptaba sin embargo que el riesgo que entrañaban las operaciones debería correr a cargo nada más que de estas tropas¹⁷. Se reconocía así dos tipos de tropas, dos tipos de ejércitos en el mismo país.

Al planearse las operaciones militares en estos términos de economía de esfuerzos y coste cero en cuestión de bajas, se estaba fijando el tiempo que deberían durar dichas operaciones. Se dejó bien claro que éste debería ser el menor posible¹⁸.

El mandato de las Naciones Unidas se cumplió y las fronteras volvieron a donde estaban antes de la invasión. No obstante, se sigue discutiendo la oportunidad de algunas de las exigencias que se plantearon a los mandos que diseñaron el plan de operaciones, y han aparecido problemas nuevos al cabo del tiempo por no haber previsto los efectos indirectos de las acciones de entonces¹⁹.

La experiencia produjo enseñanzas positivas. Por un lado quedó demostrado que la larga tradición legislativa sobre uso de la fuerza en las relaciones internacionales queda vacía si no hay una voluntad política decidida y continuada para hacerla cumplir²⁰. La cuestión está vinculada a dos aspectos centrales: la existencia de una autoridad soberana que tome decisiones inapelables, y que el concepto de seguridad internacional no responda a intereses particulares.

Mientras se llega a esta situación, ideal donde las haya, se aceptó la idea de *guerra justa* en los términos de defensa de la *justa causa*. De acuerdo con la exégesis que se deriva del pensamiento comparado, las acciones militares que se enmarcan dentro de estos dos conceptos exige que se debe garantizar la defensa de los bienes y derechos fundamentales, después de haber comprobado que ya no se podía asegurar su defensa de ninguna otra manera, y después de haber agotado el recurso a la negociación. En el caso que se comenta, la legitimidad de la acción quedó garantizada además pues la orden partió de la autoridad superior, la de las Naciones Unidas.

También se hizo lo posible para evitar que no se buscara de manera deliberada la destrucción indiscriminada del enemigo. Otros aspectos

quedaron en una situación menos clara. Así, que los daños colaterales, expresión que se generalizaría poco tiempo después, fueran los menores posibles y que no se actuaría de manera deliberada sobre la población civil, que el ataque a objetivos militares se llevaría a cabo siempre que fuera vitalmente necesario y como forma de evitar males y sufrimientos mayores, y que el uso de la fuerza fuera proporcional, y que se restaurara el orden justo ²¹.

Se puso de manifiesto que las tropas que participaron en las acciones estaban preparadas para actuar de manera eficaz, utilizando la concentración de la fuerza y la potencia de fuego, y hacerlo de manera integrada y bajo mando que no era el natural para la mayoría de las fuerzas.

No se buscó la derrota del contrario, fin último de la guerra en la teoría clásica. Antes bien, se buscó la creación de una situación en el campo de batalla de manera que las relaciones internacionales actuaran como fuerza definitiva para obligar al contrincante a reconocer la imposibilidad de alcanzar sus objetivos iniciales.

Habría que conseguir en el plano internacional lo que ya se ha alcanzado en el plano de los ejércitos modernos. En las sociedades avanzadas los ejércitos, considerados como las únicas organizaciones institucionales que administran la violencia legítima del Estado, responden a los intereses de la soberanía nacional y están sometidos al poder legítimo que emana de la soberanía nacional. En ningún caso los ejércitos son mercenarios, aunque tengan la denominación de ejércitos profesionales, pues ya no defienden los intereses de ningún grupo, interés o clase social concreta. Es más, los ejércitos están obligados a defender incluso a los individuos que reclaman su desaparición. Los ejércitos son y pertenecen a la nación ²².

Si falta mucho para que se alcance una identidad y cultura de defensa europea común, ya se han comprobando las ventajas que supone la colaboración y la integración de unidades pertenecientes a distintos ejércitos. Se ha podido comprobar que esta es la única manera posible de hacer frente a los problemas de la defensa en el nuevo escenario internacional ²³.

Debe destacarse que en una organización institucional, con un fuerte componente nacional como es el ejército, aceptar este principio no ha supuesto grandes problemas que hayan afectado al cumplimiento de las misiones encomendadas ²⁴.

Aunque no está plenamente asumido, comienza a formar parte del acervo de la nueva cultura política que ya no se puede estar solo en un mundo que aspira a ser cosmopolita. Un mundo donde los problemas ajenos dejan de serlo, la mundialización implica ser partícipes en tiempo

real de lo que les ocurre a los ciudadanos de no importa qué nación. Esto supone un cambio importante en los sistemas y planes de enseñanza que deberán incluir la formación en estos valores universales ²⁵.

La participación en los beneficios en cuanto miembros comunitarios de distintos tipos de alianzas supone participar también en los costes que crea esta participación. De acuerdo con el pensamiento de los tratadistas militares, al tiempo que se asume la defensa colectiva, el hecho de ser miembro de una alianza militar debe reforzar la seguridad de los intereses propios, disminuyendo en lo posible los costes de esa defensa particular ²⁶. Ajustar los ingresos y gastos en este sentido lleva su tiempo. Puede ocurrir incluso que los gastos en un capítulo presupuestario aumenten, mientras que los beneficios, tangibles o intangibles, se recuperan en otros.

En un plano más concreto y también menor, el resultado positivo de las experiencias militares de los últimos años ha arrinconado de manera definitiva el modelo de organización militar basada en la recluta universal y obligatoria ²⁷. Se asume de manera unánime que los ejércitos a partir de estas experiencias deben organizarse con profesionales de carrera, los militares que hacen de lo militar su oficio, y los soldados que lo son por razón de un contrato temporal ²⁸. El proceso de tránsito no está resultando fácil, ni cómodo para ninguno de los ejércitos que han tomado la decisión de transformar su sistema de reclutamiento ²⁹.

Volviendo al principio de estas páginas. Las acciones que se desarrollaron en el Golfo fueron el punto de inflexión en esta faceta en la historia de los ejércitos modernos. Los problemas que se plantearon a partir de entonces no surgieron de manera espontánea. La mayoría eran conocidos desde hacía años. Cabe esperar que los costes de improvisación, en algunos casos, no terminen por hipotecar el futuro que cabe esperar y desear para el futuro de los ejércitos.

Los ejércitos de los países avanzados se encuentran inmersos en un complejo proceso de cambio en su organización que coincide ahora con un proceso de cambio global no menos profundo. La interacción entre estos dos procesos refuerza las contradicciones y dilemas a los que deben hacerse frente, pero también crea posibilidades que no se podrán desechar.

Las tendencias sociales que están definiendo el mundo desbocado que describe Anthony Giddens tienen que ver, en primer lugar, con la *globalización*, mundialización según otros autores, que a su vez supone el comienzo del final del Estado Nación en su concepción clásica. En segundo lugar, por la transformación de la vida cotidiana, la crisis de los valores tradicionales, cambios en las pautas y comportamientos

entre los individuos y las generaciones. Por último, las implicaciones de la ciencia y la tecnología en los dos puntos anteriores. De manera esquemática, este es el escenario en el que se están moviendo los ejércitos de las sociedades modernas, junto con las demás instituciones y organizaciones sociales complejas.

Sin embargo, los problemas fueron anticipados y argumentados con rotundidad. Hace algo más de cuarenta años, Morris Janowitz señaló que los militares, en cuanto grupo profesional, tenían que encarar una importante crisis que la resumía en la siguiente pregunta: «¿Cómo pueden organizarse para cumplir sus múltiples funciones, que incluyen la disuasión estratégica, la guerra limitada y las más amplia responsabilidad política y militar?»³⁰.

Las organizaciones complejas, el ejército siempre lo ha sido, deben adaptar su organización para poder incorporar los adelantos y descubrimientos en cualquier campo de las ciencias y del conocimiento. Es la manera de que puedan cumplir con mayor eficacia los objetivos, también cambiantes, que se les asignan. El ejército, en cuanto institución, que también lo es, debe llevar a cabo esa adaptación de manera que lo nuevo no entorpezca los valores y símbolos tradicionales que lo caracterizan³¹.

El proceso de cambio es tan importante, de acuerdo con lo anterior, que el ejército debe definir su doctrina en función de los nuevos riesgos, de su integración en las organizaciones supranacionales de defensa, así como por las nuevas obligaciones que asume, etc. El proceso cambiante de la política de seguridad exige a su vez la adaptación también constante en la política de defensa y militar de cada país³².

Si los cambios en la parte orgánica son fundamentales, no lo son menos los cambios que se producen en los conceptos básicos de la cultura militar. Las relaciones con el sistema político en particular y con la sociedad en general también deben adaptarse a partir de las nuevas circunstancias³³.

Como avisó Janowitz, los militares deberían hacer frente a la crisis que les suponía el esfuerzo de adaptación constante y tener que desarrollar papeles bien distintos para los que fueron formados. En definitiva, los militares tendrían que plantearse *nuevos conceptos sobre su propia esencia*. El aviso corresponde a 1960, no se olvide. Este proceso de adaptación y crisis se ha acelerado desde entonces. Ante los problemas profesionales que se derivan de la distensión, las nuevas misiones, el nuevo papel de la defensa en la sociedad occidental, que está por definirse, habrá que concluir que la situación de crisis anunciada se hace permanente. Más que hacer frente a una crisis el militar

del presente, y el del futuro, tendrán que gestionar la crisis que le va a acompañar en el ejercicio de su carrera como un componente más de su profesión. Por otro lado, los análisis comparados señalan que esta situación es semejante a la que se enfrentan otras muchas profesiones y organizaciones.

El proceso de adaptación supone, y supondrá, que las estructuras de los ejércitos modernos deberán integrar lo nuevo en lo viejo. Cada nuevo avance tecnológico, cada nuevo procedimiento, o las nuevas obligaciones compartidas exige integrarlas en la organización y en la tradición existente. Ni la estructura, ni la cultura profesional pueden cambiar ante cada nueva exigencia. Tampoco serán otros militares los que tendrán que trabajar con esas novedades. Un reto más para los planificadores de los sistemas de formación y promoción. Los planes de estudio no podrán abarcar todas las exigencias de los escenarios profesionales de los distintos futuros que cabe imaginar. Se exigirá reforzar lo verdaderamente esencial, lo troncal de la profesión militar, facilitando después la incorporación de lo que sea necesario.

Una característica que se exige a los profesionales que se encuentran ante procesos de cambio importantes es que su personalidad debe permitir y aceptar los cambios. Que asuma el principio de que el éxito personal, profesional y el de la propia organización se asegura a partir de la aceptación de lo culturalmente diferente que sea de interés y racionalice sus tomas de decisiones. Que esté dispuesto a participar y utilizar elementos simbólicos que pertenecen a otros grupos. Que desarrolle su capacidad crítica de lo que hace. Que anule las conductas de rutina. Que sea capaz de crear y mantener equipos integrados. Que sea uno más entre todos los miembros del grupo. Que haga suyos los fines de la organización, pues ha participado de alguna forma en su enunciado. Son algunos rasgos de la nueva personalidad que debe tener todo líder de una organización compleja que se adapta eficazmente al mundo cambiante ³⁴.

Dos efectos tiene estos hechos que se señalan. Por un lado, al disponer el ejército de recursos más eficaces no va a asumir por ello y de manera automática misiones que no le corresponden, o que comience a actuar de manera independiente. Esta circunstancia tampoco va suponer que la modernización le convierta en un nuevo grupo de presión, o que recupere esta condición que pudo tener en el pasado. Por otro lado, ante las exigencias técnicas, la organización puede optar por aumentar e incorporar nuevos elementos a un organigrama ya complejo. Hay abundante literatura comparada que demuestra las ventajas de no hacerlo, así como los inconvenientes que se crean si lo hace. La

experiencia ajena, miliar, civil, se puede y se debe aprovechar en el sentido que interesa aquí ³⁵.

El dilema al que tienen que hacer frente los ejércitos modernos es que no pueden hacer ninguna de las dos cosas. Su mayor poder debe contrarrestarse con el ejercicio de un mayor autocontrol si cabe, aumentando todavía más su dependencia del poder político. Por otra parte, el tamaño de la organización debe reducirse por razón del aumento de su eficiencia, así como por compartir las misiones dentro de una organización supranacional. Es otro de los efectos benéficos que se obtienen de los dividendos de la paz.

La adaptación organizativa exige el replanteamiento de las funciones de cada elemento del organigrama. En unos casos otorgando nuevas funciones a los que no las tenían, caso de los mandos inferiores, incluso a los soldados, mientras que en otros puestos se deberán asumir funciones que desempeñaban los subordinados.

Este proceso de reorganización del organigrama y la estructura militar tiene un efecto no menos importante. En los ejércitos de recluta universal y obligatoria el soldado aportaba además la condición de ciudadano. En cambio, en el modelo de ejército hacia el que se va, el soldado sigue siendo un ciudadano, pero se destaca de él sobre todo su condición de especialista en el conocimiento o en la habilidad por la que ha sido contratado. El cambio es muy profundo y tiene implicaciones importantes que van desde lo simbólico, hasta el sistema de trato y de relación dentro de la organización militar.

El distanciamiento entre lo militar y lo civil es solo aparente, siempre que quede garantizado el principio de que la seguridad y la defensa es un bien de todos, o de la mayoría. Se refuerza si cabe todavía más el mandato de la sociedad hacia sus militares para que sean los que administren la violencia legítima del Estado. Por razón del aumento de los recursos disponibles, el control y gestión de los mismos tiene que hacerse de acuerdo con los intereses de todos. El ejército será el gran mudo en materias que no sean de su incumbencia, pero tendrá que ser escuchado con atención en las que sean de su competencia. Podrá existir el riesgo de que ante la especialización creciente de las actividades que tienen que ver con la seguridad el ejército pretenda imponer sus criterios. Y habrá que evitar otro riesgo no menor. En la definición de la política exterior, la parte que tenga que ver con la seguridad, se tendrá que tener en cuenta las posibilidades y limitaciones del ejército para cumplir los objetivos que se le puedan marcar ³⁶.

El nuevo papel y los nuevos contenidos de la seguridad y la defensa crea una nueva situación paradójica. Las actividades y funciones mi-

litares en sentido tradicional se reducen cada vez más. Lo militar en el sentido tradicional tiende a desaparecer. En términos simbólicos se llega a identificar lo militar nada más que con las nuevas misiones de paz. Sin embargo las nuevas misiones que se encomiendan a los ejércitos les hace ser cada vez más visibles. La acción destacada de un militar cualquiera, o la acción reprobable cometida por un militar aislado da lugar a que la noticia sea conocida en los lugares más insospechados, o que tengan que intervenir las más altas autoridades con el fin de premiar la acción, o para justificarla y sancionarla ³⁷.

El autocontrol es una exigencia que cobra mayor importancia si cabe en estos momentos. La exigencia va desde el jefe de la misión, hasta el último soldado recién incorporado ³⁸.

Es el lado positivo que apenas se puede poner en cuestión. Pero hay un aspecto conflictivo que refuerza la crisis de identidad del militar ante la nueva situación. ¿Qué sentido tiene una profesión que no puede actuar, o tiene que limitar su actuación teniendo los recursos para hacerlo?. Donde el autocontrol, las precauciones y las cautelas de todo tipo suponen una clara pérdida de eficacia en sentido estricto. Son algunas preguntas que se hacen tanto los mandos, como los soldados.

Para salir de estos dilemas, el fuerte convencimiento de lo que se hace y cómo se hace es fundamental. Esto exige que todos los miembros de la acción participen de estas mismas realidades. Supone que en la nueva organización militar existe una comunicación fluida entre todos los miembros del grupo y que por eso mismo, todos se sienten miembros de un mismo equipo ³⁹.

El sentimiento de pertenencia al grupo es básico en las organizaciones complejas. Se ha estudiado en el ámbito civil y en el militar. El éxito y el fracaso está condicionado en buena medida por su presencia, o por su ausencia. Es un requisito de las organizaciones sólidas tanto en épocas remotas, como en las actuales, en las que cuentan con recursos sofisticados o con toda suerte de limitaciones. Como se ha dicho, la abundancia de la literatura que lo corrobora es muy amplia.

La idea de refuerzo del sentimiento de grupo lleva aparejado cambios significativos en el sistema de valores de la organización, en sus códigos de conductas, así como en el que regula los premios y los castigos. Por supuesto que repercute a su vez en el sistema de selección, formación y promoción de sus miembros, sean permanentes o temporales.

En una estructura jerárquica, la militar es una de las muchas que lo son, el concepto de autoridad es irrenunciable y pone en peligro a todos sus miembros si llega a flaquear en momentos decisivos ⁴⁰. Esa autoridad y el poder que se ejerce en su nombre debe responder

a criterios de grupo. Donde la solidaridad del mismo salga reforzada. Dado que la autoridad militar viene asignada en un primer momento, al terminar el proceso de formación después de demostrar una serie de conocimientos y habilidades en un proceso de enseñanza, el ejercicio profesional debe desplazar este tipo de autoridad por el de una autoridad reconocida en razón de los méritos que otorga tanto el superior, como los subordinados.

En otro plano, el ejército moderno es una organización compleja que integra acciones y profesionales aparentemente diferentes entre sí. Las operaciones militares convencionales exigen militares con unas características de acción, diferentes a las que debe desempeñar el militar encargado de las misiones de paz, que deben ser más propias de la diplomacia y la negociación. Junto a ellos existen también gestores, administradores, técnicos y pensadores⁴¹. Todos ellos son necesarios para la complejidad deje de serlo, o lo sea en la menor medida de lo posible. Alcanzar el equilibrio entre estos distintos tipos de militares no es fácil a la hora de fijar plantillas, promover a destinos superiores, o poner al mando de la unidades a los jefes adecuados. Es otro elemento más de la crisis de los ejércitos modernos. Queda por saber si el proceso de formación unificado en el mismo centro militar seguirá siendo de utilidad en el futuro inmediato. Habrá que averiguar si no será más rentable incorporar a profesionales civiles, asignándoles una autoridad militar temporal, para que desempeñen funciones técnicas concretas.

La marcha de la historia parece que da la razón a quien suponía que las guerras, en el sentido convencional de enfrentamiento de los ejércitos de países contendientes, han desaparecido. En el caso de los países europeos, de la Unión Europea, no hay duda que esto es así. El deseo de que no hubiera más guerras en Europa se ha cumplido. Pero se ha cumplido para un número reducido y selecto de países, los más desarrollados que, por otra parte, son los menos. Como en otras circunstancias, ésta también es una situación excepcional. Parece como si la guerra solo apareciera en el horizonte de los países menos desarrollados. En parte es así, pero la experiencia nos ha demostrado que no lo es del todo. La violencia extrema también se da entre países que han sido la cuna de la civilización moderna, o que pertenecen a la misma cultura. La guerra se aleja del horizonte del progreso, pero no ha desaparecido del todo de él.

Pensar que los ejércitos debían transformarse de manera radical para hacer frente nada más que a las nuevas misiones de paz es además de aventurado, arriesgado⁴². Las mismas unidades militares

tienen que desempeñar misiones bien diferentes en su planteamiento, exigencias y desarrollo. En unos casos ejercen el control de espacios conflictivos, se han interpuesto entre fuerzas combatientes, han protegido a poblaciones desplazadas de sus territorios, y esas mismas tropas han tenido que combatir en otras ocasiones.

Es otro elemento más que refuerza la situación de crisis a la que se tiene que hacer frente. No es fácil pasar de un papel a otro, y hacerlo en poco tiempo y desarrollando la mayor eficacia posible en cada caso. Tener una organización que pueda hacer frente a tantas necesidades y tan dispares entre sí es costoso y exige una gran flexibilidad operativa que no está al alcance de las economías y los recursos de todos los países ⁴³.

La ventaja de participar en alianzas es que se producen economías de escala que permite reducir costes, al tiempo que se obtienen beneficios. Se podría decir además que en determinadas circunstancias, que vienen condicionadas en buena medida por el espacio físico y el geopolítico que se ocupa, no se permiten otras opciones en materia de defensa como podría ser el aislamiento ⁴⁴. Ir en contra de la historia y la realidad es arriesgado y supone incurrir en costes de oportunidad muy elevados.

A la hora de calificar el nuevo tipo de organización militar se han propuesto dos denominaciones: ejército ocupacional, y fuerza armada policial ⁴⁵. Con la una y la otra se trata de caracterizar los aspectos que dominarán en los ejércitos modernos y en los del futuro.

En un caso, el ejército ocupacional, supone que será una profesión más que deberá regirse por las leyes del mercado laboral como forma de asegurar, mantener e incluso aumentar su eficacia. El modelo de ejército policial insiste en desatacar que es una organización suficiente, reducida, dispuesta a actuar en cualquier momento y en cualquier lugar, haciendo uso de la fuerza de manera que sea capaz de desequilibrar el sistema de relaciones entre los contrincantes sin que se tenga que llegar por ello a la derrota del enemigo ⁴⁶.

En este modelo de ejército que se imagina en el futuro, los estímulos y recompensas no se puede pretender que sigan los mismos principios que los que se siguen en una corporación empresarial. Los salarios en el ejército nunca podrán competir con los de la empresa privada, ni tampoco con los de determinados servicios de la administración pública. Algunas actividades militares no se podrán regir por los mismos sistemas de retribución ⁴⁷.

Como se ha demostrado en otras organizaciones institucionales de carácter civil, las recompensas monetarias por lo general no sirven

de estímulo a sus profesionales. Incluso se llega a interpretar en el sentido de que con ello la organización trata de comprar voluntades. A partir de un momento, son otras las motivaciones que tienen mayor capacidad de movilización. Así, sentirse satisfechos con el cumplimiento del deber asumido de manera voluntaria, ser reconocidos como servidores de un bien superior, el de la seguridad de todos, o el ser reforzados en la autoestima por la organización y desde fuera de ella. Son algunos mecanismos de compensación que demuestran mayor eficacia que el salario ⁴⁸.

En esta satisfacción mucho tiene que ver el modelo de carrera que se ofrece a los miembros del ejército. De la carrera cerrada donde los méritos apenas contaban pues todo quedaba reducido a que pasara el tiempo, se tendrá que pasar a un modelo de carrera abierto que estimule la competencia. De esta manera todos saldrán beneficiados, y por supuesto la propia organización. Habrá que evitar que el estímulo de la competencia produzca otras disonancias. El interés desmesurado de unos pocos no puede poner en peligro el funcionamiento de la organización, o la carrera de los demás. Las carreras particulares deberán responder a las exigencias de la organización militar.

Queda por resolver en estas organizaciones complejas el papel que corresponde al profesional innovador. Siempre que la novedad no responda a intereses particulares, la organización deberá saber aprovechar las innovaciones y la iniciativa particular. No será fácil en cualquier caso hacerlo, pero tampoco se deberá cerrar esta posibilidad ante las dificultades que supone. El ejército, todos los ejércitos, han sabido incorporar a los militares que han realizado acciones excepcionales en situaciones también excepcionales. No es menos cierto que también, en no pocos casos, esa incorporación de lo excepcional ha sido fuente de problemas y tensiones internas ⁴⁹.

En el mismo plano de incongruencias, el ejército moderno exige y estimula a sus miembros que desarrollen un mayor conocimiento y responsabilidad. Esto genera de manera inevitable una actitud crítica contra la profesión y la organización. Por parte de la organización debe existir la disposición a aceptar las críticas internas, e incluso a estimularlas como forma de ganar en eficacia e integración, pero como se ha comprobado, hacerlo no resulta fácil, ni tampoco cómodo ⁵⁰.

Termino con una cita de Janowitz por la que no ha pasado el tiempo. Recuérdese que el texto de donde sale está escrito en 1960. El subtítulo del epílogo donde aparece es toda una premonición: *control de la frustración*. Al principio de estas páginas señalaba que el militar

del futuro, que será como es el de ahora, tendrá que gestionar la crisis que supone hacer frente a profundos cambios en el oficio militar. La crisis puede suponer creación. Habrá que evitar, como se dice en el texto, que se transforme en frustración. Habrá que tener en cuenta el análisis que en otros aspectos fue toda una premonición. Cabe esperar que así sea.

«En la sociedad (moderna) el futuro de la profesión militar no es exclusivamente responsabilidad militar; por el contrario, descansa en la vitalidad del liderazgo político-civil. (Con el fin de) asegurar la competencia profesional de la estructura militar e impedir el desarrollo de un negativo sentido de frustración. Con este fin, las autoridades tienen que satisfacer los siguientes requerimientos: primero, limitar los objetivos militares a aquellas metas consideradas posibles y realizables; segundo, ayudar a la formulación de la doctrina militar, en la que medida en que esta se convierta en la expresión unificada de los objetivos políticos nacionales; tercero, mantener un sentido de autoestima profesional en los hombres de armas; y cuarto, crear nuevos recursos para el ejercicio del control político-democrático»⁵¹.

Notas

¹ Un magnífico ensayo donde se introducen estas cuestiones en las ciencias sociales es de Ubaldo NIETO DE ALBA, *Historia del tiempo en economía. Predicción, caos y complejidad*. Madrid: McGraw Hill, 1998.

² Anthony GIDDENS, «Un mundo desbocado», en *Textos de Sociología*, núm. 5. Noviembre de 1998. Departamento de Sociología III de la UNED. Dada la notoriedad que han cobrado sus análisis y propuestas no resulta difícil encontrar diferentes ensayos del autor publicados recientemente en España.

³ Francisco MURILLO y José Luis PINILLOS analizan con detalle estos problemas centrales que presenta la postmodernidad en España. Lo hacen precisamente en el prólogo y en epílogo de la obra de Amando de Miguel, *La sociedad española 1993-94*. Madrid: Alianza Editorial, 1995. A modo de paréntesis, estos dos ensayos son fundamentales para comprender los datos y las explicaciones que da Amando de Miguel y su equipo.

⁴ Si se hace caso a las encuestas, y no hay razón para no hacerlo, la población española valora la seguridad como un bien social básico, imprescindible y que no se puede perder. Cierto es que se trata de un concepto de seguridad inmediato y personal, pero lo importante es que se reclama seguridad. No es menos cierto que ante los asuntos de la defensa esos mismos entrevistados se muestran bastante ajenos. Ante esta ambivalencia, queda por hacer la labor pedagógica, en sentido figurado y en el real, de imbricar lo uno en lo otro. También en este aspecto habrá que seguir haciendo esfuerzos por arrumbar los prejuicios que todavía están presentes en estos asuntos.

⁵ Los análisis comparados de encuestas de opinión de distintos países, desarrollados y modernos, indican que hay un consenso en que las cosas que tienen que ver con la seguridad deberán ser así, pero de acuerdo con esos mismos datos todavía falta para que la idea sea asumida por todos y en los términos de costes y renuncia a los símbolos propios.

⁶ La seguridad no es el único asunto de la vida colectiva donde se exige el consenso. La sanidad, la enseñanza, la política exterior y los asuntos de la hacienda pública son otros tantos asuntos donde no cabe la defensa o la imposición de lo particular. Los documentos denominados Libros Blancos de la Defensa, documentos de interés fundamental que sirve de declaración de principios fundamentales del Estado y la sociedad en cuestión, reflejan todos ellos esta exigencia y este acuerdo de consenso. Que no se haya publicado todavía en España un texto de estas características puede entenderse que falta un buen trecho por recorrer en esta materia principal de la cultura política. Se acaba de presentar, por fin, el Libro Blanco de la Defensa. El anuncio se realizó con el Parlamento disuelto. La oportunidad no ha sido la mejor. Se vulnera así el principio básico. La seguridad y la defensa debe ser asunto de todos.

⁷ Como se dice en el texto de Ubaldo NIETO, cuando los sistemas se hacen complejos y se encuentran integrados en otros más complejos todavía, las perturbaciones no se anulan, pero su incidencia es más controlable y predecible.

⁸ Michel CROZIER, a partir de su larga experiencia como analista de las organizaciones complejas, reconoce que estas tendencias de progreso únicamente pueden ser torcidas por la ineficacia manifiesta de algunos dirigentes. Se pueden ver sus argumentos bien razonados en su trabajo: *La crisis de la inteligencia. Ensayo sobre la incapacidad de las élites para reformarse*. Madrid: M.A.P., 1996. En este trabajo se señala que la selección, renovación y promoción de los gestores de alta motivación de logro garantiza buena parte del éxito.

⁹ En el campo de la sociología de lo militar también hubo un anuncio y un error semejante. Charles C. MOSKOS anunció, en el Congreso Mundial de Sociología celebrado en Madrid, y previno a los estudiosos de lo militar que habría que ir buscando otros objetos de análisis pues el *fin de las guerras* arrinconaba de manera definitiva los ejércitos tradicionales. El anuncio se hizo justo cuando se estaba a punto de invadir Kuwait.

¹⁰ No resulta fácil improvisar en materia tan compleja, tampoco es deseable. En la exposición de motivos del Tratado Constitutivo de la Comunidad Europea poco se decía, y menos se legisló, sobre este punto que trata de la seguridad colectiva. Se dijo que los países firmantes estaban: «RESUELTOS a consolidar, mediante la constitución de este conjunto de recursos (sobre los que se legislaba en el Tratado) la defensa de la paz y la libertad e invitando a los demás pueblos de Europa que participen de dicho ideal a asociarse a sus esfuerzos».

No se fue más allá de esta primera y única declaración de buenas intenciones.

Años más tarde, en el Tratado de la Unión Europea ya se reconocería esta necesidad de garantizar la seguridad de todos. Ahora se dice que: «RESUELTOS a desarrollar una política exterior y de seguridad común que incluya la definición *progresiva* de una política de defensa común que podría conducir a una defensa común *de acuerdo con las disposiciones del artículo 17*, reforzando así la identidad y la independencia europea con el fin de fomentar la paz, la seguridad y el progreso en Europa y en el mundo». El inconveniente es que queda por hacer casi todo para alcanzar objetivo tan noble.

Pueden verse los problemas que plantean en la construcción europea los desfases entre las políticas encaminadas a consolidar el desarrollo económico, y las que tienen que ver con la política exterior y de seguridad común, en los trabajos bien documentados que se citan a continuación. Marcelino OREJA y Francisco FONSECA MURILLO (Director y Coordinador respectivamente), *El Tratado de Amsterdam. Análisis y comentarios*. Madrid: McGraw Hill - Fundación BBV, 1998. Rogelio PÉREZ-BUSTAMANTE y Elena CONDE, *La unión política europea: 1969-1999*. Madrid: DYKINSON, 1999.

¹¹ La experiencia en Kosovo no ha resultado gratificante para ninguno de los países que participaron en ella. Ha sacado a la luz problemas fundamentales a la hora de tomar, imponer y justificar decisiones en la marcha de las operaciones militares.

¹² Queda claro que el debate intelectual exigirá dejar a un lado los prejuicios debidos a la *adscripción militante* a escuelas e ideologías. Como queda dicho, todos deberán aportar ideas. Lo que habrá que evitar es que los pre-juicios se transformen en prejuicios. Valga una referencia de este talante en la cita que sigue. Responde a una idea que habrá que arrinconar de una vez por todas. Pudo ser cierto en un momento histórico bien distinto al actual, ahora ya no se sostiene. «Con el logro de una capacidad destructiva total, 'la guerra ha perdido por completo cualquier función social' y política. Esa es la raíz de la crisis conceptual de lo militar, pero también es inicio de una perversión nunca igualada hasta ahora del sistema económico-social que no puede prescindir de esa reducción al absurdo de la violencia institucional». Manuel SACRISTÁN, citado por José Luis GORDILLO, *La objeción de conciencia. Ejército, individuo y responsabilidad moral*. Madrid: Paidós, 1993.

¹³ Un análisis comparado, de carácter generalista, de estos efectos puede verse en el trabajo dirigido por Patrice BUFFOTOT, *La défense en Europe. Les adaptations de l'après-guerre froide*. París: Documentation Française, 1998. En esta obra se hace un repaso a los cambios a los que estaban haciendo frente los países que formaban parte de la Unión Europea en sus políticas de defensa. Al análisis se añaden los casos de Islandia y Noruega.

¹⁴ El autor citado dirigió unos años antes un trabajo semejante al que se acaba de señalar. *La défense en Europe. De la guerre du Golfe au conflit yougoslave*. París: Documentation Française, 1995.

Por su parte, la Fondation pour les Études de Défense (FED) organizó a lo largo de 1994 y 1995 un seminario de carácter internacional donde se debatió el proceso de transformación de los ejércitos de recluta universal al nuevo modelo de recluta voluntaria. Las actas se publicaron en dos tomos bajo el título: *Evolution des systèmes de conscription dans les pays européens*. Italia también se planteó esta misma cuestión en foros de debate el que participaron políticos, militares, universitarios e investigadores, con amplio eco en la prensa y con varias publicaciones. España no fue una excepción. Es una lástima que los debates de la Comisión Mixta creada en el Congreso al efecto no tuvieran tanta repercusión pública como la que tuvo entre los países vecinos.

¹⁵ Con lenguaje castizo, se desnudó a un santo para vestir a otro. Se pudo cumplir lo que se mandó, pero nadie terminó estando a gusto por la forma como se hizo.

¹⁶ La opinión general, recogida mediante encuestas, que habría que matizar según los países participantes en las operaciones, era que necesariamente había que intervenir para restaurar la situación que había sido violentada. Más todavía cuando dichas operaciones se amparaban bajo el mandato de las Naciones Unidas. Esa unanimidad desaparecía cuando a los entrevistados se les preguntaba sobre esa disposición favorable en el supuesto de que hubiera bajas propias. En este caso el apoyo a la intervención

disminuía de manera considerable. No ocurrió así en todos los países, la opinión pública de Estados Unidos y Gran Bretaña, por señalar las opiniones más contundentes, mantenían su apoyo a pesar de este escenario desfavorable. Esta disposición al sacrificio y al esfuerzo desigual entre los aliados sería utilizado más tarde como argumento para establecer diferencias entre ellos. Las ventajas políticas y económicas que vinieron después se repartieron siguiendo este desigual principio de participación en el esfuerzo.

¹⁷ Al aceptar los políticos de turno este principio se estaba aceptando a su vez el final del ejército de recluta universal. Se manifestaba así la excentricidad que suponía tener estos dos tipos de soldados en una misma unidad.

¹⁸ Se actuaba en términos de eficiencia empresarial. No era algo nuevo en la doctrina militar. El origen de este tipo de conducta formaba parte de los principios clásicos de la doctrina militar en el empleo de los hombres y el material que debería seguir todo jefe militar que se preciara de ser un verdadero líder en el combate. Se volvía a descubrir lo que se había obviado en otras operaciones militares de la historia reciente. Se trataba de concentrar el esfuerzo adecuado para conseguir el objetivo que asegurara el éxito, reduciendo en lo posible los costes propios.

Se puede ver el desconcierto inicial que produjo estas exigencias en los mandos militares al repasar las memorias del que fuera Jefe del Estado Mayor del Ejército del Aire francés durante estos acontecimientos. Général (CR) Jean FLEURY, *Faire face. Mémoires d'un Chef d'État-Major*. Paris: Jean Picollec, 1997.

¹⁹ Como todo hecho político de gran transcendencia, aquél también estuvo cubierto de luces y sombras, de manipulaciones en el campo de la información, así como de sonoros silencios, que se van conociendo conforme pasa el tiempo. El análisis histórico dejará las cosas en su sitio.

²⁰ Un análisis exhaustivo de esta materia se puede ver en Cástor M. DÍAZ BARRADO, *El Uso de la Fuerza en las Relaciones Internacionales*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1991.

²¹ Aprovecho la ocasión para hacer homenaje y mostrar una vez más mi agradecimiento al profesor Álvarez Bolado por haberme introducido en materia tan importante como es el papel que juega el pensamiento teológico en los asuntos que tienen que ver con la seguridad, las declaraciones de las Iglesias en este sentido, así como la legitimación moral de los ejércitos y los militares en la sociedad moderna.

El artículo de Heinz Eduard TÖDT y Alfonso Álvarez BOLADO, «Paz», en *Fe cristiana y sociedad moderna*. Núm. 13. Ediciones SM, es de gran interés para conocer la postura y su evolución de las distintas confesiones religiosas en estos temas. Es una lástima que el artículo termine en la reflexión sobre la disuasión nuclear. Aunque sigue siendo un debate de gran interés, comienza a formar parte ya de la historia. Cabe pensar que alguien continuará la trayectoria de Álvarez Bolado y estará trabajando sobre los problemas que plantean las nuevas acciones militares en los nuevos escenarios internacionales.

²² Parte del éxito de la transición política española ha consistido precisamente en resolver el *problema militar* en este sentido. Recuérdese el planteamiento clásico que hizo Balme a finales del siglo pasado. Años más tarde y en otras circunstancias Dionisio Ridruejo insistió en el análisis y en el diagnóstico. La brillantez del argumento se puede en su obra seminal *Escrito en España*, hay varias ediciones.

²³ Los ejércitos fueron, y siguen siendo, la *última razón del rey*, de la autoridad legítima del Estado que debe responder ante la soberanía nacional. Las dificultades que se plantean en el nuevo orden internacional se debe a que no existe una *autoridad*

mundial que responda ante la *soberanía mundial*. Las Naciones Unidas no son el gobierno del mundo. Hay demasiadas experiencias donde se demuestra que la acción de las Naciones Unidas, o su parálisis responde a intereses concretos de las naciones en cada caso. También aquí se requiere un esfuerzo considerable para adaptar la organización mundial al nuevo orden que poco tiene que ver con el que justificó su constitución.

²⁴ El sentimiento de orgullo nacional ha estado más presente en otros grupos sociales de la opinión pública. Se han podido escuchar argumentos en contra de la integración definitiva en la OTAN, al tiempo que se aseguraba que no habría tropas españolas bajo mando «extranjero». En su momento se afirmó con rotundidad que las tropas españolas nunca saldrían de España. Precisamente esto se decía en los momentos donde se empezaban a dar los primeros pasos en la espacio comunitario. La realidad de los hechos arrinconó con prontitud y sin desgana alguna lo que no era otra cosa que una mera declaración partidista. Por otro lado se rechazaba esta integración con el argumento de garantizar la soberanía nacional, así como los intereses nacionales, mientras que se aceptaban otras decisiones que tenían que ver, por ejemplo, con los intereses económicos.

²⁵ En este sentido hay que traer aquí algunas de las conclusiones de los informes en los que se evalúan los actuales planes de enseñanza. Se destaca el localismo parroquiano de buena parte de los contenidos y actitudes que deberían ser universitarios, universales. Las acusaciones de inmovilismo que se hacían hasta no hace no tanto tiempo al ejército, se pueden hacer ahora sin grandes problemas a otras instituciones.

²⁶ Hay que citar en este sentido el pensamiento ilustrado de Santa Cruz de Marcenado y de Villamartin.

²⁷ Debe reconocerse que aunque en términos legales el servicio militar fuera obligatorio, para todos los jóvenes varones que reunieran unos requisitos determinados en cada ocasión, el criterio de universalidad en pocas veces se alcanzó. La propia legislación, por acción o por omisión permitía la exención de este servicio a la comunidad de un número significativo de jóvenes. Así, el servicio militar terminaba pesando más sobre unos, y no sobre todos, como se pretendía.

En los trabajos del seminario organizado por la FED, citado más arriba, se dio cuenta que pocos países se libraron de esta situación ambivalente. Esta excentricidad entre la declaración legal del principio y la realidad era mayor en los países donde no existía la figura jurídica del *servicio nacional*, que se podía prestar con las armas, o desarrollando otras actividades de carácter comunitario.

²⁸ Esa condición de temporalidad también la podrán tener algunos mandos, sean de la condición de suboficiales u oficiales. Como he comprobado en diferentes encuestas, esta condición fundamental en la nueva organización todavía no está bien asumida por los nuevos soldados, ni tampoco explicada con la intensidad que debía por parte de los mandos.

²⁹ En los archivos y bibliotecas militares existen planes antiguos donde se trabajaba con la hipótesis de contar nada más que con soldados voluntarios. La decisión última, por lo que se puede ver en los documentos de la FED, fue debida a una iniciativa política. En unos casos meditada, en otras por razones de coyuntura electoral. En cualquier caso, existen igualmente informes donde se avisaba de los problemas que se iban a plantear. En algún momento había que explicar y dar cuenta de las sinrazones que movieron a no tener presente estos anuncios bien documentados.

³⁰ La cita se encuentra en el prefacio de su obra seminal. Queda por averiguar las razones que explican el olvido interesado de las hipótesis sugerentes que planteó en el trabajo que se cita, así como los que desarrolló en otras investigaciones. No cabe la menor duda que muchos de los errores y desajustes *funcionales* que se han producido entre nosotros se podrían haber obviado. Morris JANOWITZ, *El soldado profesional*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1990. La primera edición en inglés es de 1960.

Dos análisis profundos de esa disfuncionalidad pueden verse en Ramón PARADA VÁZQUEZ, «Modelos de función pública y función pública militar», en Manuel RAMÍREZ JIMÉNEZ (Editor), *La función militar en el actual ordenamiento constitucional español*. Madrid: TROTTA, 1995. Los trabajos formaron parte de un seminario desarrollado en la Academia General Militar de Zaragoza. El otro trabajo es el de Pedro ESCRIBANO TESTAUT, «La carrera militar tras la Ley 17/1989», en *Revista Española de Derecho Militar*. Núm 71. Enero-junio de 1998. En ambos trabajos se encuentra una amplia bibliografía sobre esta cuestión. Como es sabido, esa Ley ha sido modificada por la Ley 17/1999 que regula el Régimen del Personal de las Fuerzas Armadas. En otras páginas de este número se da cuenta con mayor autoridad lo que supone esta nueva Ley. Cabe esperar que como se hizo al aprobarse la Ley 17/1989, la Academia General Militar de Zaragoza y la Fundación Centro de Estudios Políticos y Constitucionales «Lucas Mallada», planteen un nuevo seminario para analizar los cambios, mejoras y lo que queda por hacer en la profesión militar a partir de la Ley que se acaba de aprobar.

³¹ Uno de los problemas más interesantes en la creación de la Bundeswehr, desde el campo de la sociología y antropología con fuertes connotaciones políticas, fue el de evitar que se rompiera la tradición militar del ejército, al tiempo que el nuevo ejército que se creaba no fuera identificado con el pasado, que se quería y estaban obligados a olvidar según el acuerdo de los Aliados. Para resolver el problema fue de capital importancia la distinción entre *tradición* y *convención*. Se reconoció que el ejército alemán no podía rechazar sus tradiciones. Las convenciones, en cuanto producto de una época y de unas circunstancias, aportaban poco a la esencia de la institución y por ello podían cambiarse, incluso desaparecer. Un análisis detallado de este proceso ha sido realizado por Nuria Miralles Andress en su tesis doctoral defendida en la Facultad de CC PP y Sociología, donde se puede consultar.

³² Se ha señalado más arriba, pero hay que insistir. Esta política de defensa no puede plantearse en términos de partido, aunque sea el gobernante y lo fuera por mayoría absoluta. Es una de las pocas políticas de Estado que restan al gobierno central en el nuevo Estado de las Autonomías. La política de consenso resulta imprescindible.

³³ Francia, ante la desaparición del servicio militar de recluta universal, se plantea la necesidad de desarrollar nuevos sistemas de relación que mantengan los vínculos entre la sociedad y su ejército. En este caso se parte del principio de que la defensa sigue siendo un asunto que incumbe a todos los franceses. Por ello, el espíritu de defensa debe desarrollarse a partir del conocimiento, la reflexión y el estudio que se desarrollará en los distintos niveles de la enseñanza francesa. Para ello se ha desarrollado una amplia legislación normativa en este sentido. Italia y Portugal también sienten la misma necesidad. España no es una excepción, aunque la descentralización de competencias en materias de enseñanza añade problemas.

³⁴ La vida moderna supone vivir en situaciones definidas como ambivalentes. Son situaciones incómodas que exigen resolver las contradicciones que plantea. No

hacerlo supone mantener conductas rutinarias, o desentenderse de la esencia de lo que hace, encontrando en los demás todas las explicaciones a las incomodidades. Solucionarlas supone además de encontrar tranquilidad, añadir racionalidad a la vida cotidiana.

Los datos comparados que se han obtenido en la Dirección de Servicios Técnicos del Ejército del Aire, a partir de los resultados de encuestas aplicadas a coroneles, oficiales de Estado Mayor y ejecutivos de grandes empresas, nacionales y extranjeras, comparados a su vez con los datos de encuestas a otros militares de otras naciones, señalan la convergencia entre todos ellos a la hora de valorar al profesional de éxito del futuro. Apenas hay diferencias entre todos ellos. Es una consecuencia lógica, por lo señalado a lo largo de estas páginas.

No es casualidad que se hayan desarrollado en el ejército seminarios, a todos los niveles, donde se trata de incorporar este nuevo estilo de mando como una de las exigencias ineludibles del nuevo ejército hacia el que se marcha. Es otro de los cambios silenciosos que terminará por conformar la nueva organización militar española.

³⁵ Todo avance tecnológico supone un aumento de la eficiencia de la actividad correspondiente, lo que reduce e incluso elimina procesos más costosos, o menos productivos por razón de los recursos humanos o técnicos que se emplean de manera inadecuada. Por lo general, la incorporación de nuevas tecnologías o nuevos procesos supone eliminar mano de obra. No siempre es así, en algunas actividades ocurre todo lo contrario, la sanidad es una de ellas. En este caso la incorporación de un nuevo proceso técnico añade personal a la plantilla de un hospital. Las nuevas tecnologías eliminan puestos de trabajo en los procesos donde se incorporan, pero requieren a su vez más personal de mantenimiento y conservación.

Las organizaciones complejas tienen dos opciones. Una, contratar ese servicio de mantenimiento fuera de la organización, o reciclar a una parte de sus miembros que se han visto desplazados de sus funciones iniciales para que realicen esas labores. En la actualidad pocas organizaciones se puede permitir el privilegio de aumentar la plantilla para ser autosuficientes que es otra opción, a no ser que la mano de obra tenga un coste casi cero, sea tan abundante que no altere el mercado laboral en su único beneficio, o que los costes añadidos corran a cargo de otros presupuestos. Ninguna de estas tres opciones, si existen, se podrán mantener en el futuro inmediato. Tampoco el ejército lo podrá hacer.

Otras organizaciones, las que por lo general producen bienes y servicios intangibles, como el de la investigación o la seguridad, requieren dotarse de cuadros más numerosos al tiempo que más eficaces, mientras que su mano de obra no cualificada puede y debe reducirse. Es la opción más plausible. Una exigencia de este tipo de organización es que, en momentos excepcionales, necesitan contar con recursos humanos que se puedan movilizar para desempeñar funciones donde se necesita una cantidad importante de mano de obra. Este esfuerzo no se podrá improvisar y deberá estar previsto con antelación suficiente.

En el trabajo clásico de Lewis MUMFORD, *Técnica y civilización*, publicado por Alianza Editorial, puede verse en una perspectiva histórica y cultural este proceso de adaptación de las organizaciones industriales a los nuevos avances tecnológicos, considerando a su vez los efectos directos e indirectos que producen en la sociedad.

³⁶ No se discute, y son todavía menos los que no terminan de aceptarlo en estos momentos, que lo militar responde únicamente a los intereses y criterios del poder

civil. Queda por aclarar el debate que supone decidir si el militar debe y hasta dónde debe ser escuchado en materias que le incumben y que le exigen su cumplimiento. El debate está condicionado, entre nosotros, pero también en otros lugares, por el papel jugado por el ejército en el pasado de cada sociedad. Allí donde la presencia de lo militar ha sido fundamental, se exige con mayor insistencia el silencio y el acatamiento al poder civil. Donde la presencia apenas se ha notado, no existe inconveniente en seguir los consejos de los militares en cuanto expertos profesionales a los que se pide información. En ambos casos queda resguardado el principio de que no existe un poder militar autónomo capaz de imponerse al poder civil.

³⁷ En el último Congreso Mundial de Sociología, celebrado Montreal en 1998, se presentaron varias ponencias, del Canadá precisamente, que analizaban los efectos, internos y externos, de los escándalos producidos por las conductas de las tropas de distintos países destacadas en misiones de paz. Todas esas ponencias concluían con la misma exigencia. Ante las nuevas misiones encomendadas a los ejércitos se hace necesario contar con un sistema de normas que deberá regular el comportamiento de las tropas en las nuevas situaciones. Desde el campo del derecho también se está planteando la misma necesidad. Se debe elaborar un estatuto jurídico que regule esta situación nueva que nada tiene que ver con el derecho de la guerra que, en mayor o menor medida, y con mejor o peor gana, está reconocido por la mayoría de los países. Los reglamentos de actuación para uso interno son imprescindibles y valiosos, como se ha demostrado en el caso de la actuación de las tropas españolas destacadas en distintas misiones de paz. No obstante debe llegarse a un reglamento que obligue a todos por igual.

³⁸ Los trabajos que se han realizado en las unidades militares españolas que han participado en misiones de paz, concretamente las desplazadas a Bosnia, lo han demostrado de manera contundente. Los informes, artículos de opinión, conferencias dictadas por los mandos insisten en esta idea. Lo importante es que esa opinión es igualmente destacada por los soldados. No hay diferencias de ningún tipo, desde el soldado que tiene mayor formación, hasta el que apenas la tiene. Todos reconocen que podrían hacer más cosas para solucionar algunas situaciones que incluso atentan contra los derechos humanos, pero no lo hacen porque añadirían problemas que se les escaparían de su control. Asumen este nuevo rasgo de la profesionalidad todos los miembros del grupo y sin grandes problemas. Otra cosa es el efecto que tiene esta conducta profesional en el sentimiento personal.

Aprovecho esta ocasión para agradecer al general Faura su interés para que se pudieran llevar a cabo los trabajos pioneros de análisis sociológicos en unidades del Ejército de Tierra desplazadas a zonas de operaciones. El reconocimiento es mayor todavía cuando autorizó que esos datos se analizaran en la Universidad para beneficio mutuo. Las facilidades para llevar a cabo este trabajo añadía una condición que es de agradecer: su publicidad. Uno de esos análisis será editado en breve por el Ministerio de Defensa. Acaba de ser publicado por el Ministerio de Defensa con el título: *Las Fuerzas Armadas en las acciones internacionales*.

³⁹ No es nueva la idea. Hay una abundante literatura en este sentido basada en investigaciones realizadas en organizaciones civiles complejas. También la hay de estudios que se refieren a este mismo problema en otros ejércitos. La literatura militar que da cuenta de los éxitos, y sobre todo de los fracasos militares inciden en el mismo argumento. Los datos que he trabajado con Eulogio Sánchez, suboficial y antropólogo, en las encuestas a soldados de una Agrupación en Bosnia ratifican este

principio. Esos datos están en la Dirección de Servicios Técnicos del Cuartel General del Ejército.

Las consecuencias de este sentimiento van más allá de la valoración de la acción que se realiza. La actitud favorable ante el ejército, su disposición a seguir en él, a entender y aceptar los problemas que le supone al entrevistado están directamente relacionadas con el sentimiento de pertenencia al grupo. Soldados con una disposición inicial favorable hacia lo militar la perdían después de haber vivido una experiencia donde les hicieron sentirse extraños y ajenos a lo que estaban haciendo. La situación contraria también se daba. En estos casos, en contra o a favor, los estudios o la formación inicial del soldado no era importante.

Estos soldados asumían sin ninguna reserva que el mando no tenía que darles toda la información, pero sí reclamaban que tenían que ser partícipes de lo que estaban haciendo. Con otros datos, en este caso de militares de carrera del Ejército del Aire, se han obtenido las mismas conclusiones.

⁴⁰ La narración de Arturo BAREA en *La forja de un rebelde*, o la de Ramón J. SENDER en *Imán*, son un claro exponente de esta idea. Su valor es mayor todavía pues son dos autores muy críticos de lo militar. Estudios más técnicos lo demuestran en los mismos términos y con el mismo sentido. Así, los trabajos realizados sobre las dotaciones de los bombarderos en la Segunda Guerra Mundial, o los actuaron después en Vietnam y que dieron lugar a las experiencias de Milgran; la resistencia de algunas unidades alemanas formadas de manera apresurada en los últimos momentos de la guerra frente a la debilidad de otras unidades fuertemente ideologizadas; las narraciones de los soldados argentinos que fueron hechos prisioneros en Las Malvinas, o las conclusiones que se pueden deducir en este sentido en el Informe Picasso. En todas ellas se destaca la importancia del grupo, del mando comprometido con sus subordinados, así como de la disciplina asumida de manera racional.

⁴¹ La reducción de plantillas, al tiempo que aumentan las misiones a desarrollar, así como a las necesidades de formación y reciclaje en los nuevos conocimientos con las que para hacer frente a estas nuevas e ineludibles exigencias puede suponer una drástica reducción de las posibilidades que tiene la organización militar para pensar, organizar, ensayar.

⁴² En cuanto a la calificación de *nuevas* misiones habría que matizarla. No es difícil encontrar en la historia de los pueblos y sus ejércitos situaciones catastróficas donde participaron unidades militares que acudieron en ayuda de la población. Tampoco es difícil encontrar situaciones históricas donde unidades militares de terceros países se interpusieron entre los ejércitos combatientes. La novedad puede estar que lo que antaño era excepcional, a partir de ahora es normal.

⁴³ Aunque es un argumento recurrente, hay que traerlo aquí también. Para alcanzar el éxito en la guerra no hay que disponer de «dinero, dinero y dinero». Como se ha podido comprobar hay otros bienes y otros recursos más necesarios. No todo es cuestión de presupuesto. Entre otras cosas hay que contar con una mentalidad flexible y de alto logro en una organización que puede no ser la ideal, ni siquiera perfecta. Es una cuestión que tiene que ver con la *cultura gerencial* aplicada a lo militar. Algo se ha dicho en otro lugar en este mismo sentido. Depende también de la voluntad política, así como de una sólida cultura de defensa. Depende cada vez más del *capital humano* de la defensa, y del apoyo y comprensión de la sociedad civil que lo apoya.

⁴⁴ Es una opinión que viene de largo. En una encuesta a altos cargos de la administración, gestores de empresas e intelectuales de la España de 1973 se mostraba

una disposición favorable e inexcusable, antes o después, para integrarse en las organizaciones europeas, incluso en la OTAN de entonces. Una peculiar encuesta a los altos mandos militares que ejercieron su mando en los años previos y durante el comienzo de la transición también señalaron de manera unánime que sería beneficioso para España que se integrara en la OTAN. Los que opinaban así lo hacían en términos de rentabilidad, en sentido genérico. No faltaron, militares y civiles, que dijeron que en términos personales o ideológicos no les gustaba esta integración, pero señalaban que no existía otra opción. Distintas encuestas a los cadetes, mediados los años 80, reconocieron las ventajas de participar en una defensa compartida antes que mantenerse aislados. La opinión pública ha estado dividida, condicionada por su adscripción que siempre ha sido ideológica.

Los riesgos innecesarios que se corrieron en el referéndum de la OTAN pueden deducirse a partir de los datos que aporta el trabajo de Consuelo VAL CID, *Opinión pública y publicada. Los españoles y el referéndum de la OTAN*. Madrid: CIS, 1996. Eliminada la ambigüedad calculada del panorama político español, ésta es una cuestión que apenas ya se discute.

⁴⁵ La primera expresión corresponde a Charles C. Moskos, la segunda a Morris Janowitz. La propuesta de Moskos se planteó como la consecuencia lógica del proceso de cambio lineal que imaginaba para los ejércitos de las sociedades modernas. La de Janowitz se deriva del análisis interno del ejército norteamericano, comparando su evolución con el proceso que seguían las organizaciones complejas civiles.

Moskos consideró que los ejércitos en el pasado respondían a modelos de carácter institucional. Debido a la adaptación y al cambio interno, estos ejércitos iban incorporando pautas correspondientes a los modelos de organización propias de las corporaciones empresariales e industriales. Buena parte del argumento puede verse en el preámbulo al trabajo que coordinó junto a Frank R. WOOD, *Lo Militar: ¿Más que una profesión?*. Ha sido editado por el Ministerio de Defensa. Este autor, de gran influencia en la mayoría de los grupos de trabajo de sociología militar, así como en los de decisión política, tuvo que reconocer a partir de los análisis comparados, que el modelo dicotómico institución-ocupación era válido en términos estrictamente teóricos y metodológicos. La realidad era mucho más compleja como para responder a estas categorías tan simples. Últimamente su propuesta se aproxima más a una postura sincrética donde reconoce que los ejércitos modernos y tecnológicamente avanzados responden a criterios institucionales y ocupacionales al tiempo.

Con los datos que he trabajado con el comandante Vicente Hueso, en la Sección Sociología del Cuartel General del Ejército del Aire, se ha podido fundamentar la crítica al modelo lineal de Moskos. Datos del Ejército de Tierra, así como los de otros ejércitos igualmente avanzados que empiezan a aparecer, demuestran la validez de los nuestros.

⁴⁶ Hay que señalar que mientras los ejércitos asumen comportamientos y fines propios de las organizaciones policiales, las organizaciones policiales desarrollan organizaciones, utilizan recursos, doctrinas, lenguajes y símbolos que son propios de los ejércitos. Gonzalo Jar, oficial de la Guardia Civil, es quien más ha estudiado esta excentricidad. Se puede ver en el último trabajo que animó. Miguel CLEMENTE, Antonio PARRILLA y Miguel Ángel VILA (Cords.), *Psicología Jurídica y Seguridad: Policía y Fuerzas Armadas*. Madrid: Fundación Universidad Empresa, 1999. Se podrá encontrar una amplia referencia bibliográfica sobre esta excentricidad.

Los datos de opinión de los militares, de carrera y soldados, que han participado en misiones de paz, de carácter policial, destacan un cierto sentido de incomodidad que les produce este hecho. Se consideran ante todo y sobre todo militares, en ningún caso policías. En cambio, la opinión pública valora de los ejércitos modernos las acciones menos militares que llevan a cabo.

⁴⁷ Esto plantea nuevos problemas que comienzan a aparecer y para los que no hay respuestas adecuadas por el momento y para todos los interesados. Algunos ejemplos. Por un lado está la necesidad de garantizar la calidad de vida de unos profesionales sometidos, ellos y sus familias, a una fuerte movilidad territorial que exige la profesión y la promoción en la carrera personal. Se deberá defender los intereses individuales o de grupo sin que por ello se pueda poner en riesgo la eficacia última de la organización. Habrá que evitar que la defensa de los derechos profesionales de alguno de sus miembros no recargue con más trabajo a los demás. El recorte en los derechos individuales y profesionales, por razón de la peculiar profesión que es la militar, exige un cuidado especial para que no se añadan nuevos costes que repercutan de manera negativa. La participación cada vez más frecuente en misiones conjuntas hace más visibles las carencias y limitaciones propias en algunas parcelas del ejercicio profesional cotidiano. Las autoridades correspondientes tendrán que tener en cuenta esta circunstancia y deberán explicar con sólidos argumentos las razones de semejantes diferencias y los pasos que se dan, o no se pueden dar, para eliminarlas.

⁴⁸ Las encuestas a los militares de carrera del Ejército del Aire, así como a otras muestras de militares del Ejército de Tierra refuerzan esta idea. Para los militares entrevistados, los premios y las menciones desean que se traduzca en un reconocimiento de la organización, promoviéndoles a destinos y cargos de responsabilidad que se encuentren en relación con el mérito reconocido. Reclaman ante todo la coherencia entre la felicitación y el ejercicio profesional.

⁴⁹ Hay algunos casos que han estudiado estos problemas. Los líderes del combate, aéreo o terrestre, lo han sido en buena medida porque *sabían manera*. Eran capaces, llegado el momento, de transgredir los reglamentos y normas convencionales de la profesión adaptándolas a las circunstancias concretas. Su habilidad en la profesión resultaba incompatible con la docencia convencional, o con la vida en el cuartel, donde se les exigía transmitir unos conocimientos rutinarios y sin posibilidad alguna de innovar nada. Sus nombramientos como formadores modélicos tuvieron que ser revocados porque terminaron siendo unos excéntricos desestabilizadores de la rutina.

⁵⁰ Abandonada la idea que pretendía formar a un militar total, por su imposibilidad real de conseguirlo y también por la ineficacia que terminaba creándose, queda la opción de estimular las conductas de carácter y estilo que se pueden calificar propia del *intelectual* que nada tiene que ver con el *intelectual a la violeta* que tan brillantemente criticó un militar intelectual de otros tiempos. No se trata de formar intelectuales que después sean militares, sino de potenciar en la formación de lo militar las actitudes propias del conocimiento y la reflexión que caracterizan a los verdaderos intelectuales. Además de beneficiarle como persona, terminará siendo de provecho para la profesión.

⁵¹ Morris JANOWITZ, *El soldado profesional*. Buenos Aires: OMEBA, 1967. Pág. 420. Hay una edición reciente del Ministerio de Defensa. En este caso la cita se encuentra en la página 536.